

---

## ACTO CUARTO.

---

### ESCENA PRIMERA.

Troya. Una calle.

Entran, de una parte ENEAS y un sirviente con antorcha, y de la otra PARIS, DEÍFOBO, ANTENOR, DIÓMEDES y otros con antorchas.

PARIS. ¡Hola! ¿Quién va? ¿quién es?

DEÍF. El noble Eneas.

ENEAS. ¿Es el príncipe mismo? Si tuviese  
Las razones que tú, príncipe Paris,  
Para no madrugar, sólo un mandato  
Del cielo privaría de compañía  
A la que de mi lecho participa.

DIÓM. Lo mismo digo. ¡Salve, noble Eneas!

PARIS. Valiente el Griego es. Dale tu mano,  
Eneas. Lo atestigua tu lenguaje  
Al decir que en el campo una semana  
Acosado te tuvo cada día.

ENEAS. Salud á ti, valiente, mientras dure  
La pacífica tregua; pero luego  
Que te halle armado, el reto más sombrío  
Que el alma piense y que el valor imponga.

- DIÓM. Ambas cosas Diómedes acepta :  
 En calma hoy nuestra sangre, te saludo;  
 Pero al luchar, como ocasión tuviere,  
 ¡Vive Jove! que á caza de tu vida  
 Iré con el valor, con la constancia  
 Y con toda la astucia que posea.
- ENEAS. Y lucharás con un león que huye  
 Volviéndote la cara. Bienvenido,  
 No obstante, á Troya. ¡Por la vida misma  
 De Anquises, bienvenido! ¡Por la mano  
 De Venus te lo juro! Sér viviente  
 Ninguno puede amar con más cariño  
 A lo que dar la muerte se propone.
- DIÓM. Simpatizamos. ¡Jove! Viva Eneas  
 Mil carreras del sol si de mi espada  
 Su término fatal gloria no fuere;  
 Mas si acrece mi honor mañana mismo,  
 Que muera herido en cada coyuntura.
- ENEAS. Nos conocemos bien.
- DIÓM. Y peor deseamos conocernos.
- PARIS. ¡Cuán cordialmente hostil es el saludo!  
 Odio más cariñoso nunca he visto.  
 ¿Qué asunto os trae, señor, tan de mañana?
- ENEAS. Me ordena el Rey venir. La causa ignoro.
- PARIS. Pues esto se propone. Que conduzcas  
 A la casa de Calcas á este Griego;  
 Y que por Antenor, que queda libre,  
 Allí le den á Crésida la bella.  
 Ven con nosotros, ó, si más te place,  
 Precédenos y véte de seguida.  
 Me parece, ó más bien sé con fijeza  
 Que ha pernoctado allí mi hermano Troilo.  
 Despiértalo, y que sepa que allí vamos,

Y cuáles son las causas. Yo me temo  
Que nos vamos á ver mal recibidos.

ENEAS. De seguro. Mejor quisiera Troilo  
Que se llevaran á la Grecia á Troya,  
Que á Crésida de Troya se llevaran.

PARIS. Pues no hay remedio alguno. Así lo exige  
Cruel necesidad. Vé tú delante.  
Te seguiremos.

ENEAS. Buenos días todos.

(Vase con el sirviente.)

PARIS. Dime, noble Diómedes, te ruego;  
Háblame con franqueza, cual si hablaras  
De un caro compañero al alma misma.  
¿Quién á la bella Helena más merece,  
Dímelo tú, yo propio ó Menelao?

DIÓM. Ambos, y por igual. Él, que la busca,  
Conseguirla merece, pues sus tachas,  
Y este infierno de angustias que ha causado  
Y este mundo de esfuerzos no le importan;  
Y conservarla, tú, que la defiendes  
Sin que te hiera el paladar su oprobio,  
Ni costo tal de amigos y riquezas.  
Él, cornudo llorón, se bebería  
Las heces de un licor evaporado;  
Tú, seductor, entrañas meretrices  
Buscas para engendrar quienes te hereden.  
Si los méritos vuestros hoy se pesan,  
Pesarán lo que pesen, cosa es llana,  
Sumándose con una cortesana.

PARIS. Harto cruel con tus paisanos eres.

DIÓM. Harto cruel para su patria es ella.  
Oye, Paris. Por cada impura gota

De sangre que en sus torpes venas fluye,  
 La existencia de un Griego ha sucumbido.  
 Por cada adarme de su carne inmunda,  
 Muerto un Troyano fué. Desde que habla,  
 Menos buenas palabras ha gastado  
 Que Griegos y Troyanos ha matado.

PARIS. Diómedes, tú cual comprador te portas  
 Al rebajar lo que comprar deseas;  
 Pero, en cambio, nosotros en silencio  
 Distinto plan seguimos, y alabamos  
 Tan sólo aquello que vender ansiamos.  
 Nuestro camino es éste. (Vanse.)

## ESCENA II.

Troya. Patio de la casa de Pándaro.

Entran TROILO y CRÉSIDA.

TROILO. No te molestes, prenda. La mañana  
 Está fría.

CRÉS. Querido, en ese caso  
 Avisaré que, para abrir la puerta,  
 Mi tío venga aquí.

TROILO. No lo incomodes.  
 ¡Al lecho! ¡al lecho! y á esos lindos ojos  
 El sueño apague y á tu sér le preste  
 El plácido desmayo de la infancia  
 De todo pensamiento desprovisto.

CRÉS. Buenos días, entonces.

TROILO. Vete al lecho.

CRÉS. ¿De mí cansado estás?

TROILO. Crésida bella,  
A no ser porque el día diligente,  
Que con su canto despertó la alondra,  
Despabila á los grajos vocingleros,  
Y ya no puede la callada noche  
Por más tiempo ocultar nuestra ventura,  
No me separaría de tu lado.

CRÉS. Corta la noche fué.

TROILO. Bruja maldita,  
Con el sér pernicioso se detiene  
Con pereza infernal, pero con alas  
Ligeras como el mismo pensamiento  
De los abrazos amorosos vuela.  
Te vas á acatarrar y á maldecirme.

CRÉS. Espera. ¡Que estos hombres nunca esperen!  
Necia Crésida. Hubiera resistido,  
Y entonces puede ser que te esperaras.  
Oye. Alguno se mueve.

PÁND. (Dentro.) ¡Cómo! ¡abiertas  
Están las puertas todas?

TROILO. Es tu tío.

CRÉS. Malhaya. De seguro va á burlarse.  
¡Que vida me va á dar!

Entra PÁNDARO.

PÁND.—¡Hola! ¡hola! ¿Cómo van virginidades? Oye tú, doncella, ¿dónde está mi sobrina Crésida?

CRÉS. ¡Que te ahorquen! Burlón, pícaro tío.  
A ello me induces, y después te burlas.

PÁND.—¿A qué te induzco? ¿A qué te induzco? Que diga á que la induzco yo.

CRÉS. ¡Por vida de.....! ni bueno fuiste nunca,  
Ni dejarás que los demás lo sean.

PÁND.—¡Ay, ay, pobrecilla! ¡Ay, pobre Capochía!  
¿No ha dormido esta noche? ¿No quiso—mal sujeto—  
que durmiera? Que se lo lleve el bu.

CRÉS. ¿No te lo dije yo? (Llaman á la puerta.)  
¡Que esos porrazos  
No se los dieran á él en la cabeza!  
¿Quién á la puerta está? Vé á verlo, tío.—  
Dueño amado, tú vuélvete á mi alcoba.  
Te ríes y te burlas porque entiendes  
Que pienso mal.

PÁND. ¡Ja, ja!

CRÉS. Te equivocaste.  
No he pensado en tal cosa.

(Llaman á la puerta.)

¡Cómo llaman!  
Hazme el favor de entrar, que no quisiera  
Que aquí te hallaran ni por media Troya.

(Vanse Troilo y Crésida.)

PÁND.—(Yendo hacia la puerta.) ¿Quién es? ¿Qué ocurre? Vais á echar la puerta abajo. Vamos á ver. ¿Qué ocurre?

Entra ENEAS.

ENEAS. Buenos días, señor. Muy buenos días.

PÁND. ¿Quién es? Eneas. Por mi fe te juro  
Que no te conocí. Tan de mañana,  
¿Qué novedad...?

ENEAS. ¿Aquí no se halla Troilo?

PÁND. ¿Aquí? ¿Qué asunto aquí puede traerlo?

ENEAS. ¡Vamos! Aquí se halla. No lo niegues;  
Que es de gran importancia el que lo vea.

PÁND.—Dices que aquí se halla; pues es más, te lo juro, de lo que yo sabía. En cuanto á mí, anoche recogíme tarde. ¿Qué puede traerlo aquí?

ENEAS.—¿Qué? Pues nada. Vamos, vamos. Daño le vas á hacer sin darte cuenta de ello. A fuerza de serle leal, le vas á hacer traición. Nada sabes acerca de él. Corriente; pero vete y tráelo aquí. Anda.

Al salir Pándaro, vuelve á entrar TROILO.

TROILO. ¡Vamos á ver! ¿Qué ocurre?

ENEAS. Ni siquiera

Tiempo tengo, señor, de saludarte.  
Urgente el caso es. Tu hermano Paris  
Y Deifobo vienen con el griego  
Diómedes, y á más el rescatado  
Antenor, por quien debe confiarse,  
Antes del rito matinal, ahora,  
A Diómedes Crésida. Convenio  
Aceptado por Príamo y por todos,  
Los del Consejo general de Troya,  
Y ahí vienen ya para llevarlo á cabo

TROILO. ¡La esperanza de mí cómo se burla!  
Yo los iré á encontrar..... y, noble Eneas,  
El verme fué casual. No me encontraste.

ENEAS. Está bien, está bien, príncipe mío.  
De la naturaleza los secretos  
No son más taciturnos que yo propio.

(Vanse Troilo y Eneas.)

PÁND.— ¡Es posible! ¡Apenas ganada, perdida! Llévese el diablo á Antenor. Va á enloquecer el príncipe. ¡Mala peste en Antenor! ¡Que no le hubieran roto la crisma!

Entra CRÉSIDA.

CRÉS.— ¡Vamos! ¿Qué pasa? ¿Quién estuvo aquí?

PÁND.— ¡Ay! ¡ay!

CRÉS.— ¿Por qué suspiras tan profundamente? ¿Dónde está mi dueño? ¿Se ha ido? Dime, querido tío, ¿qué ocurre?

PÁND.— ¡Ojalá estuviera yo bajo tierra lo que sobre ella estoy!

CRÉS.— ¡Dioses justos! ¿Qué ocurre?

PÁND.— Entra, te ruego. ¡Ojalá que no hubieras nacido! Bien sabía yo que serías causa de su perdición. ¡Pobre caballero! ¡Mala peste en Antenor!

CRÉS.— Querido tío, de rodillas te pido que me digas qué ocurre.

PÁND.— Tienes que irte, muchacha. Tienes que irte. Te han canjeado por Antenor. Tienes que irte con tu padre y separarte de Troilo, lo que será causa de su muerte, de su ruina. No lo podrás soportar.

CRÉS.— ¡Oh dioses inmortales! No me muevo.

PÁND.— Es necesario.

CRÉS.— No me voy, tío. Ya olvidé á mi padre;

No reconozco lazo de familia,

Ni hay pariente, cariño, sangre ó alma

De mí tan cerca cual mi dulce Troilo.

Que la corona, ¡oh dioses inmortales!

De la infidelidad remate el nombre

De Crésida si á Troilo abandonara.



Tiempo, violencias, muerte, á vuestro antojo  
 En este cuerpo débil extremaos;  
 Mas de mi amor la base y edificio  
 Es como el centro de la tierra misma:  
 Atrae cuanto existe. Voyme adentro  
 A llorar.

PÁND. Hazlo, hazlo.

CRÉS. A arrancar mi brillante cabellera;  
 A arañar mis mejillas celebradas;  
 A enronquecer mi voz con mis sollozos,  
 Y á destrozarme el corazón, gimiendo  
 De Troilo el nombre. No me voy de Troya.

(Vase.)

### ESCENA III.

Troya. Calle ante la casa de Pándaro.

Entran PARIS, TROILO, ENEAS, DEÍFOBO,  
 ANTENOR y DIÓMEDES.

PARIS. Hay claridad, y la hora prefijada  
 Para entregarla á tan valiente Griego  
 Ya se acerca. Querido hermano Troilo,  
 Dile á la dama lo que hacer le toca  
 Y que prisa se dé.

TROILO. Ven á su casa.  
 Yo se la entregaré después al Griego;  
 Y cuando á su custodia se la entregue,  
 Júzgala altar, y que tu hermano Troilo  
 Allí, cual sacerdote, sacrifica  
 Su propio corazón.

PARIS. Bien sé lo que es amor, y así pudiera,  
Como te compadezco, darte ayuda.  
Entraremos, señores, si os parece.

#### ESCENA IV.

Troya. Habitación en casa de Pándaro.

Entran PÁNDARO y CRÉSIDA.

PÁND. Moderación, moderación te pido.

CRÉS. ¿Y de moderación á qué me hablas?  
Agudo es mi dolor, grande y perfecto,  
Y con violencia igual se patentiza  
Que aquello que lo causa; moderarme  
¿Cómo me es dado á mí? Si yo pudiera  
Mi cariño anular, ó cual inerte  
É insípido licor paladearlo,  
De modo igual mi pena acallaría.  
Mas ni mi amor admite atemperante,  
Ni mi dolor en caso semejante.

PÁND. Aquí, aquí, aquí viene.

Entra TROILO.

TROILO.—¡Tórtola mía!

CRÉS.—¡Ay, Troilo, Troilo! (Abrazándolo.)

PÁND.—¡Qué espectáculo! Yo os abrazaré también.  
¡Oh corazón! como se dice en esa linda balada.

¡Oh corazón! ¡Oh corazón herido!

¿Cómo gimes así sin estallar?

Y él responde:

Porque ni la amistad ha conseguido,  
Ni la palabra, mi dolor curar.

Nunca se ha dicho verdad mayor en verso. No lo echemos en saco roto, porque podemos vivir lo bastante para necesitar esos versos. A la vista está. A la vista está. ¿Cómo va, corderillo?

TROILO. Es tan acrisolada la pureza,  
Crésida, de mi amor, que se diría  
Que los benditos dioses, enojados  
De mi cariño, cuyo fuego luce  
Más que la devoción que labios yertos  
Les exhala, de ti privarme quieren.

CRÉS. ¿Tienen los dioses, por ventura, envidia?

TROILO. Sí, sí; sí, sí. Patente está la prueba.

CRÉS. ¿Pero es verdad que he de dejar á Troya?

TROILO. ¡Cruel verdad!

CRÉS. ¿Pero también á Troilo?

TROILO. A Troya y Troilo, sí.

CRÉS. ¿Será posible?

TROILO. Y en este instante, sí; la suerte airada  
Ni aun deja despedirnos. Bruscamente  
Las reflexiones nuestras atropella,  
Roba cruel la réplica á los labios,  
Nuestros abrazos múltiples ataja,  
Nuestros votos carísimos sofoca  
Antes que nuestro aliento trabajado  
Los pueda dar á la luz. Nos es forzoso  
A los dos, que con miles de suspiros  
Nos compramos, vendernos pobremente  
Por la rudeza y brevedad de uno.  
Ahora el inicuo tiempo, con la prisa  
Del ladrón, el tesoro que ha robado  
Va atropelladamente recogiendo.

Y adioses numerosos como estrellas,  
 Esos cielos tachonan, y las frases,  
 Y los besos que unirseles debieron,  
 Para formar uno no más apila,  
 Y adietarnos pretende con tan sólo  
 Un famélico beso, que estropean  
 Las lágrimas amargas que vertemos.

ENEAS. (Dentro.)

¿Pronta, Señor, está la dama?

TROILO.

Escucha.

Te llaman ya. Se dice que le grita  
 «Ven», á aquel que morir debe al instante,  
 El genio de la muerte. (A Pándaro.)

Que paciencia

Tengan responde tú. Que irá al momento.

PÁND.—¿Dónde estáis, lágrimas mías? Lloved para  
 que amaine este huracán, ó arrancará de raíz mi corazón.

CRÉS. ¿Con los Griegos ir yo será forzoso?

TROILO. Sin remedio.

CRÉS.

Seré, Crésida triste,  
 De alegres Griegos rodeada. ¿Cuándo  
 Nos volvemos á ver?

TROILO.

Oye, amor mío.

Constante siempre sé.

CRÉS.

¡Constante! ¿Cómo?

¡Qué duda tan cruel!

TROILO.

¡Ah, sí! precisa

Acallar los recelos, que el instante  
 De separarnos es.

«Constante siempre sé» no te decía  
 Porque de ti dudara, que á la muerte  
 Arrojaré mi guante, sosteniendo  
 Que immaculado corazón te anima.

«Constante siempre sé» sólo te dije  
 Cual principio no más de una promesa.  
 Constante siempre sé, que yo iré á verte.

CRÉS. ¡Oh! te vas á exponer, querido dueño,  
 A inminentes y múltiples peligros;  
 Mas yo seré constante.

TROILO. Y á mí con el peligro estrecho lazo  
 De amistad me uniré. Usa esta manga.

CRÉS. Y tú este guante. ¿Cuándo vuelvo á verte?

TROILO. Sobornando á los griegos centinelas  
 De noche te veré. Mas sé constante.

CRÉS. ¡Oh cielos! Sé constante me repites.

TROILO. Dulce prenda, oye tú por qué lo digo.  
 Adornan á los jóvenes de Grecia  
 Prendas mil. Son galantes, bien dotados  
 Por la naturaleza, y se desborda  
 La educación y habilidad en ellos.  
 Cómo la novedad y su apostura  
 Impresionarte pueden (¡ah! celosos  
 Hasta los Dioses son, y te suplico  
 Que virtud consideres mi pecado),  
 Me hace temblar.

CRÉS. ¡Ay cielos! No me quieres.

TROILO. Si fuese así, como villano muera.  
 De tu lealtad no dudo, pero dudo  
 De mis merecimientos. Yo no canto,  
 Ni sé triscar en animosa danza,  
 Ni almibarar mis frases, ni soy ducho  
 En juegos ingeniosos, cualidades  
 Dignas de aprecio todas, y que adornan  
 Grandemente á los Griegos; pero estimo  
 Que en cada gracia de ésas, un demonio,  
 Mudo orador, inadvertido habita

Que tiente astuto; pero no te dejes  
Tú seducir.

CRÉS. ¿Posible en mí lo juzgas?

TROILO. No; pero, á veces, lo que no queremos  
Se suele hacer, y con nosotros mismos  
Somos genios del mal en ocasiones,  
Nuestra debilidad poniendo á prueba,  
Su frágil condición desconociendo.

ENEAS. (Dentro.) Pero, señor.

TROILO. ¡Ea! Dame un beso y vete.

PARIS. (Dentro.) ¡Hermano Troilo!

TROILO. Ven, querido hermano,

Y que Eneas y el Griego te acompañen.

CRÉS. Y tú, ¿serás constante, dueño mío?

TROILO. ¿Quién? ¿Yo? ¡Triste de mí! mi vicio es ése;  
Es mi defecto. Mientras otros buscan  
Con astucia renombre, mera estima  
Es lo que yo con la verdad recojo.  
Mientras, arteros otros, sus monedas  
De cobre doran, sin doblez, sin arte  
Gasto las mías. De mi fe no dudes.  
Es de mi alma condición precisa  
Ser veraz y leal. Es mi divisa.

Entran ENEAS, PARIS, ANTENOR, DEÍFOBO  
y DIÓMEDES.

Bienvenido, Diómedes. A trueque  
De Antenor te entregamos esta dama.  
La dejaré en tus manos á la puerta  
De la ciudad; y caminando, quiero  
Revelarte quién es. Respetuoso

Trátala tú, que por el alma mía  
Te juro, noble Griego, que, si acaso  
De mi espada á merced á verte llegas  
Y nombrases á Crésida, tu vida  
Estará tan á salvo, como á salvo  
Priamo tiene en Ilíon la suya.

DIÓM. Ahorrar puedes las gracias, si te place,  
A este príncipe, Crésida la bella.  
El brillo de tus ojos y ese rostro  
De cielo, que te traten bien reclaman,  
Y de Diómedes tú serás señora  
Y le puedes mandar cual se te antoje.

TROILO. Poco cortés es tu conducta, Griego,  
De mi súplica el celo rebajando  
Al alabarla á ella. Yo te digo,  
Griego señor, que se halla tan por cima  
De tus celebraciones, como eres  
Indigno tú de ser sirviente suyo.  
Te recomiendo á ti que bien la trates.  
Es un encargo mío. Si es que faltas,  
¡Voto al fiero Plutón! que aunque te escude  
El gigantón Aquiles, te degüello.

DIÓM. ¡Oh! no te enojés, no, príncipe Troilo.  
Déjame el privilegio de mi cargo  
Y lugar de expresarme libremente.  
Fuera de aquí contestaré á tu gusto.  
Sabrás que por encargo no hago nada;  
Atendida será por lo que vale,  
Pero como tu voz «hazlo» me diga,  
«No» á responder mi dignidad me obliga.

TROILO. Partamos, y, Diómedes, escucha:  
Te obligara tal vez tanta guapeza  
A esconder muchas veces tu cabeza.

Dame tu mano, y conversar opino  
De nosotros no más por el camino.

(Vanse Troilo, Crésida y Diómedes.)

(Clarines.)

PARIS. Oid. De Héctor la trompeta es ésa.

ENEAS. ¡Qué manera de irse la mañana!  
El Príncipe creerá que olvidadizo  
É inexacto soy yo, pues que convine  
Con él ir cabalgando al campamento.

PARIS. Es de Troilo la culpa. ¡Vamos! ¡vamos  
Al campamento!

DEIF. Vamos de seguida.

ENEAS. Sí; con la prontitud del desposado  
De Héctor pisaremos los talones,  
Que de Troya la fama está pendiente  
De su vigor y corazón valiente.

(Vanse.)

## ESCENA V.

El campamento griego. Palenque preparado.

Entran AYAX, armado, AGAMENÓN, AQUILES,  
PATROCLO, MENELAO, ULISES, NÉSTOR  
y otros.

AGAM. Pronto y cual bueno acudes á la cita,  
Antes de tiempo, con viril coraje.  
A Troya, fiero Ajax, aguda nota  
De tu clarín aturda, y que penetre,  
Estremeciendo el aire, en el cerebro



Del gran combatidor y aquí lo traiga.  
 AYAX. Allá va, trompetero, mi bolsillo;  
 Revienta esos pulmones. Tu trompeta  
 De bronce añicos haz. Villano, sopla,  
 Y en esfera transforma tus mejillas,  
 Al inflado Aquilón sobrepujando.  
 ¡Vamos! Ensancha el pecho, y que tus ojos  
 Manen sangre. Por Héctor trompeteas.

(Suena el clarín.)

ULISES. No contestan.

AQUIL. Temprano es todavía.

AGAM. Con la hija de Calcas, di, ¿no es ése  
 Diómedes?

ULISES. El mismo. Bien conozco  
 Su manera de andar. Sobre la punta  
 De sus pies se levanta, de la tierra  
 Aspirando su espíritu á elevarse.

Entran DIÓMEDES y CRÉSIDA.

AGAM. ¿Crésida es ésta?

DIÓM. Sí.

AGAM. Muy bien venida

Al campamento griego, bella dama. (La besa.)

NÉST. Al saludarte el General, te besa.

ULISES. Pero es particular el cumplimiento;  
 Besarla en general mejor sería.

NÉST. Cortés es la ocurrencia. Yo principio. (La besa.)  
 Cumplió ya Néstor.

AQUIL. Quiero de tus labios

Ese invierno quitar, bella señora. (La besa.)

Aquiles te saluda.

- MEN. En otra fecha  
Para besar buen argumento tuve.
- PATR. Mas hoy tal argumento no te sirve,  
Porque audaz, Paris en fatal momento  
Así te separó de tu argumento. (La besa.)
- ULISES. El origen del mal que nos devora  
¡Los cuernos él con nuestras vida dora!
- PATR. Por Menelao fueron mis extremos.  
Ahora besa Patroclo. (La vuelve á besar.)
- MEN. ¡Lindo lance!
- PATR. Paris y yo por él besar solemos.
- MEN. Mi beso he de tomar á todo trance.  
Con permiso, señora.
- CRÉS. Cuando besas,  
¿Tomas ó das?
- MEN. Que tomo al dar arguyo.
- CRÉS. Yo trato de lucrar en mis empresas.  
Mi beso tiene más valor que el tuyo.  
Nada de beso, pues.
- MEN. Mejoro el trato.  
Te daré tres por uno.
- CRÉS. ¡Mentecato!  
¿Porque no tienes par, pagas con nones?
- MEN. ¿Señora, de sin par á mí me pones?  
El más noble lo es.
- CRÉS. Sin par te creo,  
Al par que á Paris con pareja veo.
- MEN. Me das en la cabeza.
- CRÉS. ¡Qué dislate!  
Juro que no.
- ULISES. Perdieran en vil hora  
Tus uñas con sus cuernos en combate.  
¿Puedo un beso pedir, bella señora?

CRÉS. Puedes pedirlo.

ULISES. El alma lo requiere.

CRÉS. Reclámalo.

ULISES. Por Venus, cuando Elena  
Torne á la doncellez y suya fuere.

(Señalando á Menelao.)

CRÉS. Pagar al vencimiento no me apena,  
Y quedo mientras tanto tu deudora.

ULISES. Pues evidentemente, según eso,  
A largo plazo cobraré mi beso.

DIÓM. A vuestro padre os llevaré, señora.

(Vase con Crésida.)

NÉST. Mujer de claro ingenio.

ULISES. Sin vergüenza.

Sus mejillas, sus ojos y sus labios  
Lenguaje tienen. Aun su pie declama  
Libidinoso espíritu se asoma

Por cada coyuntura de su cuerpo.

A esas incitadoras tan locuaces,

Que antes de tiempo dan la bienvenida

Y que á cualquier lector incontinenti

De par en par las tablas le presentan

Donde escritos están sus pensamientos,

Considerar se deben presa impura

De la ocasión no más: hijas del goce.

(Clarín.)

TODOS. El troyano clarín.

AGAM. Su gente ahí llega.

Entran HÉCTOR, armado, ENEAS, TROILO y otros Troyanos con acompañamiento.

ENEAS. Saludo á todos. Príncipes de Grecia,  
 ¿Qué haréis con quien consiga la victoria?  
 ¿Se debe, acaso, proclamar su triunfo?  
 ¿Debe seguir hasta su fin la lucha,  
 Ó á la primera voz y orden, del campo  
 Se deben separar? Héctor me pide  
 Preguntároslo.

AGAM. Héctor, ¿qué desea?

ENEAS. Le es igual. Vuestras órdenes acata.

AQUIL. Cual Héctor obra, sin pensar en ello.  
 Con alguna altivez, y desdenguado  
 Tratando á su rival.

ENEAS. Si, por ventura,  
 No eres Aquiles tú, ¿cuál es tu nombre?

AQUIL. Aquiles soy, ó nadie.

ENEAS. Luego Aquiles.

Mas seas lo que seas, esto escucha:  
 Extremos de lo grande y de lo exiguo  
 Son el valor y la soberbia en Héctor.  
 Lo uno tan infinito como todo,  
 Y lo otro tan nulo como nada.  
 Pévalo bien. Es lo que orgullo juzgas  
 Cortesia no más. De Ajax la sangre  
 Es de Héctor por mitad. Por tal motivo,  
 De Héctor una mitad se queda en Troya;  
 Y con medio valor y medias fuerzas  
 De Héctor la otra mitad en busca viene  
 De ese noble mestizo veterano,

Que mitad Griego es, mitad Troyano.  
 AQUIL. Una lucha de damas. Ya lo entiendo.

Vuelve á entrar DIÓMEDES.

AGAM. Aquí viene Diómedes. Padrino  
 Eres de Ajax. Dispongan tú y Eneas  
 De qué manera debe ser la lucha.  
 Si debe ser mortal ó breve encuentro.  
 Aun antes de luchar los combatientes,  
 Retraídos están por ser parientes.  
 (Ajax y Héctor entran en el palenque.)

ULISES. Ya en sus puestos están.

AGAM. ¿Qué Troyano es aquél tan abatido?

ULISES. Hijo menor de Priamo. Perfecto  
 Caballero sin par, aunque tan joven.  
 Hombre de su palabra y elocuente  
 Con hechos que su lengua no pregona.  
 Difícil de ofender; pero, ofendido,  
 Difícil de calmar. La mano franca,  
 Y abierto el corazón, y lo que tiene  
 Da por lo tanto, y lo que piensa dice;  
 Pero no da sin que preceda el juicio,  
 Ni honra su voz impuro pensamiento.  
 Cual Héctor, varonil, y aun más osado,  
 Pues Héctor, en su furia enardecido,  
 Puede ceder á tierna simpatía;  
 Mas él en el calor de la contienda  
 Es aún más vengativo que los celos.  
 Le llaman Troilo, y sobre él erigen  
 Su segunda esperanza los Troyanos,  
 Cual sobre Héctor la fundaron antes.  
 Esto de él dice Eneas, quien conoce

Por pulgadas al mozo, y en privado  
En la noble Ilíon me lo ha descrito.

(Clarines. Héctor y Ajax luchan.)

AGAM. Luchando están.

NÉST. ¡Ajax, mantente firme!

TROILO. ¡Duermes, Héctor! ¡Despierta!

AGAM. Contudentes,  
Ajax, tus golpes son. Bien.

DIÓM. Basta, basta.  
(Clarines.)

ENEAS. Terminad, noble príncipe, si os place.

AYAX. Aun caliente no estoy. Continuemos.

DIÓM. Como Héctor quiera.

HÉCT. Basta, pues, entonces.

Eres tú de la hermana de mi padre,  
Noble príncipe, el hijo, y de los hijos  
De Priamo el insigne, primo hermano.  
El vínculo de sangre que nos une  
Impide entre los dos sangrienta lucha.  
Si tu combinación troyana y griega  
Fuera tal que dijeras, convencido,  
Griega esta mano es, esta troyana,  
De esta pierna los músculos son griegos,  
Estos troyanos son, por mi mejilla  
Corre á la diestra sangre de mi madre,  
Y es de mi padre la que va á la izquierda,  
Juro á Júpiter todopoderoso  
Que de tu cuerpo parte griega alguna  
Te dejara llevar sin que mi espada  
La marca de este feudo allí estampase.  
Pero los dioses justos me prohíben  
Que una gota de sangre tan siquiera

Que de tu madre, mi sagrada tía,  
 Has heredado, vierta el hierro mío.  
 Dame un abrazo, Ajax. ¡Voto al que truena  
 Que son tus brazos fuertes! De este modo  
 Quiere sentirlos Héctor. Toda honra  
 Para ti, primo mío.

AYAX. Gracias, Héctor.

Por demás eres noble y generoso.  
 Vine á matarte, primo, con tu muerte  
 Gran aumento de gloria asegurando.

HÉCT. Ni al formidable Neoptolemo mismo,  
 Sobre cuya cimera refulgente  
 «Miradlo», á gritos pregonó la fama,  
 Le es permitido imaginar que de Héctor  
 Lauros pueda arrancar para su gloria.

ENEAS. El resultado esperan ambas partes.

HÉCT. Responderemos, pues. Es este abrazo.  
 Adiós, Ajax.

AYAX. Si súplicas lograsen  
 Mi gusto realizar—y pocas veces  
 Se me presenta la ocasión—quisiera  
 A nuestras griegas tiendas de campaña  
 Ahora invitar á mi famoso primo.

DIÓM. Lo ruega Agamenón, y el gran Aquiles  
 Sin armas quiere ver al bravo Héctor.

HÉCT. Eneas, á mi hermano Troilo llama.  
 Este amistoso encuentro á los Troyanos  
 Que me esperan explica, y que retornen  
 Diles á la ciudad. Tu mano, primo.  
 Contigo comeré, y á tus guerreros  
 Saludar me propongo.

AYAX. Aquí se acerca  
 El gran Agamenón.

- HÉCT. Dirásme el nombre  
De cada uno de los más famosos.  
A Aquiles conocer cosa es segura,  
Por su porte marcial y su estatura.
- AGAM. Guerrero digno de ceñir espada,  
Tan bien venido aquí cual quien pudiera  
Librarnos de enemigo semejante.  
Mas no doy cual debí la bienvenida.  
Me explicaré mejor. Lo ya pasado,  
Lo que reserva el porvenir, encubre  
El hollejo sin forma del olvido;  
Pero en este momento, sin ambages  
Sinceros y amistosos, inspirados  
En divinal integridad, gran Héctor,  
Todos los corazones se apresuran  
A darte, de verdad, la bienvenida.
- HÉCT. Egregio Agamenón, te doy las gracias.
- AGAM. (A Troilo.) Troyano ilustre, á ti digo lo propio.
- MEN. Ese saludo de mi noble hermano  
Dejadme confirmar, noble pareja  
De bélicos hermanos. Bien venidos.
- HÉCT. ¿A quién respondo?
- ENEAS. Al noble Menelao.
- HÉCT. ¡Oh, señor! ¿Eres tú? Por la manopla  
De Marte, muchas gracias. No te rías  
Porque tan raro juramento emplee,  
Pues tu *quondam* esposa sólo jura  
Por el guante de Venus. Bien se halla,  
Mas para ti no me encargó memorias.
- MEN. No me la nombres, que es mortal el tema.
- HÉCT. Si he ofendido, perdón.
- NÉST. Muchas veces te vi, noble Troyano,  
A la Parca sirviendo, tu camino



Abrirte con furor entre las filas  
 De griega juventud, otro Perseo,  
 Frigio corcel activo espoleando,  
 Desdeñar muchas vidas y victorias,  
 Y en el aire pender tu enhiesta espada  
 A fin de no ofender á los vencidos;  
 Y á quienes junto tuve, dije entonces:  
 «Á Júpiter mirad dando la vida.»  
 Y tranquilo te vi tomar aliento,  
 De Griegos un tropel al rodearte,  
 Cual luchador olímpico. Lo he visto;  
 Mas tu rostro, que el hierro recataba,  
 Observo ahora. Conocí á tu abuelo;  
 Luché una vez con él; era un soldado;  
 Mas ¡voto á Marte! ni el mejor de todos  
 Te iguala á ti. Permite que te abrace  
 Un viejo, y que te dé la bienvenida.

ENEAS. Es el anciano Néstor.

HÉCT. Vetusto cronicón que, persistente,  
 Con el tiempo caminas paso á paso,  
 Déjame que te abrace; me deleita  
 Tenerte asido, venerable Néstor.

NÉST. ¡Ojalá que mis brazos en la lucha  
 Con estos tuyos contender pudieran  
 Cual contienden contigo en cortesía!

HÉCT. ¡Ojalá!

NÉST. Juro por mi blanca barba  
 Que mañana luchara yo contigo.  
 Pero bien vengas. Ya pasó mi tiempo.

ULISES. Me extraña ver á esa ciudad enhiesta,  
 Teniendo aquí su base y sus columnas.

HÉCT. Reconozco tu faz, señor Ulises.  
 Han muerto muchos Griegos y Troyanos

- Desde que con Diómedes viniste  
A Ilíon emisario de los Griegos.
- ULISES. Y lo que iba á pasar predije entonces,  
Y está á medio cumplir mi profecía;  
Porque esos muros que, orgullosos, cercan  
Vuestra ciudad; porque esas altas torres  
Que á las nubes impúdicas halagan,  
El polvo besarán.
- HÉCT. Y yo lo niego.  
En pie las ves, y juzgo, sin jactancia,  
Que cada piedra frigia que cayere,  
De sangre griega costará una gota.  
El fin corona todo, y terminado  
Esto será en su día por el tiempo,  
El árbitro común tan conocido.
- ULISES. Pues dejémoslo á él. La bienvenida,  
Héctor noble y valiente, aquí te damos.  
Después del general, yo deseara  
Festejarte en mi tienda.
- AQUIL. A mí primero  
Me corresponde, Ulises. Ya mis ojos,  
Héctor, en ti cebé. Ya cada parte,  
Héctor, he examinado de tu cuerpo;  
Ya, músculo por músculo, conozco.
- HÉCT. ¿Es éste, acaso, Aquiles?
- AQUIL. Soy Aquiles.
- HÉCT. Párate, por favor, y que te vea.
- AQUIL. Mirame á tu placer.
- HÉCT. He concluido.
- AQUIL. Pronto despachas tú. Por vez segunda,  
Cual si á comprarte fuera, quiero verte.
- HÉCT. ¡Oh! me vas á leer como si fuera  
Entretenido libro; pero dentro

De mí se encierra más de lo que juzgas.  
 ¿Por qué razón me oprimes con tus ojos?

AQUIL. ¡Cielos, decid la parte que me toca  
 De su cuerpo ofender! ¡Decid si el sitio  
 Es éste, aquél ó el otro, para darle  
 Nombre á mi herida, y para hacer patente  
 La brecha por la cual del noble Héctor  
 El espíritu huirá! ¡Cielos, decidlo!

HÉCT. Oprobio fuera en los benditos dioses  
 A tal pregunta responder. Contento.  
 ¿Coger mi vida juzgas tú tan fácil,  
 Como para indicar el sitio exacto  
 Donde herida mortal vas á inferirme?

AQUIL. Te contesto que sí.

HÉCT. Pues aunque fueras  
 Un oráculo tú, no te creería;  
 En adelante, cuídate. Matarte  
 No pienso en este, aquel ó el otro sitio;  
 Mas, ¡por la fragua que de Marte el caso  
 Templó! te he de matar el cuerpo todo:  
 Completamente, sí.—Discretos Griegos,  
 Perdonad mi jactancia. Su insolencia  
 Arranca necedades de mis labios;  
 Mas trataré que con mis frases cuadren  
 Mis actos, ó jamás.....

AYAX. Cálmate, primo;  
 Y de amenazas déjate tú, Aquiles,  
 En tanto que el propósito ó la suerte  
 No os ponga cara á cara. Si de Héctor  
 Apetito tuvieses, una hartura  
 De él puedes conseguir todos los dias;  
 Pero me temo que ni Grecia entera  
 Te podrá persuadir á que lo busques.

- HÉCT. Ruégote que en el campo nos veamos;  
Tan sólo ha habido miserables luchas  
Desde que de los Griegos te apartaste.
- AQUIL. ¿Me lo suplicas, Héctor? Pues mañana  
Te encontraré feroz como la muerte;  
Pero esta noche amigos.
- HÉCT. Esa mano.
- AGAM. A mi tienda venid, pares de Grecia,  
Donde os festejaré como es debido;  
Y después, según Héctor tenga tiempo  
Y vuestra esplendidez os lo aconseje,  
Festejadle vosotros. Atabales,  
Clarines, resonando de seguida,  
Al gran guerrero dad la bienvenida.  
(Vanse todos menos Troilo y Ulises.)
- TROILO. En dónde pára Calcas te suplico  
Que me digas, Ulises.
- ULISES. En la tienda  
De Menelao. Diómedes cenando  
Está esta noche allí; pero ni mira  
A la tierra ni al cielo, porque, absorto,  
Sólo á la hermosa Crésida contempla.
- TROILO. ¿Podré alcanzar que allí conmigo vayas  
Cuando de Agamenón la tienda deje?
- ULISES. Lo que gustes haré. Mas dime, en cambio:  
¿De qué reputación gozaba en Troya  
Esta Crésida? ¿Tiene algún amante  
Que lamente su ausencia?
- TROILO. Los que orgullosos muestran sus heridas  
El desprecio merecen. ¿Caminamos?—  
Amó y la amaron. Amanla y aun ama;  
Mas suele en el cariño más vehemente  
La adversidad voraz clavar el diente.